



Música

Acento y brío

POR Teobaldos

ORQUESTA SINFÓNICA DE NAVARRA

María José Rielo, fagote. Lina González Granados, dirección. Programa: Alén de Eduardo Soutullo (1968). Concierto para fagote en Fa Mayor, de Carlos María von Weber. Séptima sinfonía de Beethoven. Programación: Ciclo de la orquesta. Lugar: Sala principal del Baluarte. Fecha: 13 de enero de 2022. Público: Buena entrada a pesar de la pandemia.

Primer concierto del año, todavía con los condicionamientos e incomodidades de la pandemia, pero del que nos va a quedar en el recuerdo la extraordinaria vitalidad con la que Lina González Granados y la orquesta abordaron el último

movimiento –*allegro con brío*– de la séptima sinfonía de Beethoven. Como queriendo ahuyentar todo maleficio, imponiendo unas ganas hacer música, de transmitir ritmo, danza, optimismo, en definitiva, vida, por encima de todo. Saltaron chispas, así lo interpretó el público otorgando una gran ovación al terminar la velada. Fue sin duda, el movimiento en el que más aprecié una muy personal versión de la programadísima Séptima, por parte de la directora colombiana. Aborda la sinfonía con un planteamiento derivado del instrumento orquestal con el que cuenta: no carga los finales de frase, el sonido va a ser más bien claro, de baquetas limpias en tímpanos, con tempo ágil, contrastando el *allegretto* más lento, y cuidando los matices en *piano* para que la llegada a los fuertes suenen más. La orquesta se muestra disciplinada: hace caso al mínimo volumen cuando la directora se agacha. Preparación del tema y tensión. Buen sonido en la cuerda, con algo de turbiedad en los graves, –quizás por el tempo, en el *vivace*–, que hacen de lecho sonoro. Al maravilloso segundo movimiento se le saca un color en

la cuerda francamente afectuoso, humano: se consigue que la marcha, casi fúnebre, sea esperanzadora. Aquí, la cuerda grave se luce, y el tema y sus contrapuntos fluyen en todas las familias con profundidad, con serenidad, con hermosura. Los dos últimos tiempos, culminan la otra característica de esta sinfonía: la apoteosis rítmica. Lina se decanta por incidir en el acento pronunciado (*staccato*), que aporta rotundidad. La otra protagonista de la velada fue la fagotista María José Rielo. Se agradece que, de vez en cuando, estos instrumentos raros de la orquesta salgan al proscenio. El fagote tiene un sonido tan algodonoso que siempre resulta agradable, máxime en los graves, a los que baja con verdadero placer. En el concierto de Weber, se asoma, además al vértigo del virtuosismo, de la extenuante digitación, del ensoberbecimiento de las agilidades; prueba técnica para la intérprete, que, desde luego supera con soltura y gracia. Pero es el adagio donde realmente canta su aria baritonal de ópera. Rielo –ovacionada pródigamente–, repitió el *allegro*, jugueteando con la directora y la orquesta. Soberbia.

Comenzó la velada con el estreno (para nosotros) de *Alén*, obra premiada por la Asociación de Orquestas de España, del compositor Eduardo Soutullo. Tengo cierta prevención contra estos estrenos de diez minutos, porque me suele ocurrir que apenas recibes –en la inmensa mayoría de ellos– unas sensaciones de masas sonoras, magmas que se mueven con lentitud, ciertos timbres orquestales que, hace unos años se nos hacían novedosos, pero ahora no tanto, y, también casi siempre, una inestabilidad sonora en la que no acabas de asentarte. Quizás se trate de eso. Pero, al ser obras tan cortas, apenas hay desarrollos, cambios de ritmos, etc. Aquí, unos golpes en viento metal, rotundos, parcelan ese amplio sonido horizontal. Luego leo –me gusta abordar estas escuchas sin preparación alguna–, de que el compositor vigués hace referencia a monumentos megalíticos de su tierra, enclavados con fondo de horizontes lejanos, donde todo se desvanece, como el final de su obra. Dice el propio compositor que la obra no pretende ser descriptiva. Bien. Pero, por lo menos, es evocadora. ●

